EXPLICACIÓN DE LOS FENÓMENOS ESPIRITAS

RENÉ GUÉNON



EXPLICACIÓN
DE LOS
FENÓMENOS ESPIRITISTAS
(Artículo)
René Guénon

Aunque nuestra intención no consista en estudiar especialmente los fenómenos del espiritismo, al menos debemos hablar sumariamente de su explicación, aunque no sea sino para demostrar que muy bien puede prescindirse de la hipótesis espiritista, aún incluso antes de aportar razones más decisivas contra ella. Debemos señalar, en principio, que no pretendemos seguir un orden lógico: existen, además de toda consideración relativa a los fenómenos, razones plenamente suficientes para rechazar de una manera absoluta la hipótesis en cuestión; una vez establecida la imposibilidad de la misma, es preciso, si se carece de una explicación adecuada que dé cuenta de los fenómenos, decidirse a buscar una. Pero, al estar la mentalidad de nuestra época especialmente inclinada a los aspectos experimentales, estará mejor preparada, en muchos casos, para admitir que una teoría es imposible y para examinar sin prejuicios las pruebas de que se disponen, si desde el principio se le demuestra que es inútil, y que existen otras teorías susceptibles de reemplazarla ventajosamente. Es importante aclarar desde el principio que muchos de los hechos en cuestión, si no todos, no entran en la esfera de la ciencia ordinaria ni pueden encajar dentro de los estrechos límites que los modernos le han asignado. En particular, están completamente fuera de los campos de la fisiología y la psicología clásicas, contrariamente a lo que piensan algunos psicólogos que se hacen grandes ilusiones al respecto. Al no tener ningún respeto para con los prejuicios de la ciencia oficial, no creemos que debamos excusarnos por algunas de las consideraciones que siguen, pero es aconsejable prevenir a aquellos que, en razón de los hábitos adquiridos, podrían encontrarlas demasiado extrañas. Esto no quiere decir que concedamos el menor carácter "trascendente" a los fenómenos psíquicos; en efecto, ningún fenómeno del orden que sea posee en sí este carácter; pero ello no impide que existan muchos fenómenos que escapan a los medios de acción

de la ciencia occidental moderna, que no es en modo alguno tan "avanzada" como sus admiradores suponen, salvo, quizá, en algunos puntos muy particulares. La propia magia, por el hecho de ser una ciencia experimental, no tiene absolutamente nada de "trascendente"; lo que sí puede ser considerado como trascendente es la "teurgia", cuyos efectos, aunque se parecen a los de la magia, difieren completamente de ella en cuanto a su causa; y es precisamente la causa, no el fenómeno que produce, lo que es entonces de orden trascendente. Para aclarar mejor este punto, séanos permitido tomar una analogía de la doctrina católica (puesto que no nos situamos en el punto de vista teológico, hablamos sólo de analogía, no de asimilación): hay fenómenos, del todo similares externamente, que han sido observados tanto en el caso de santos como en el de brujos; ahora bien, es evidente que sólo en el primer caso se les puede atribuir un carácter "milagroso" y propiamente "sobrenatural"; en el segundo caso, todo lo más pueden ser calificados de "preternaturales"; no obstante, si los fenómenos son los mismos, la razón es que la diferencia no está en su naturaleza, sino solamente en su causa, y únicamente del "modo" y las "circunstancias" toman esos fenómenos su carácter sobrenatural. Huelga decir que, cuando se trata del psiquismo, no puede intervenir ninguna causa trascendente, tanto si consideramos los fenómenos producidos comúnmente por las prácticas espiritistas, como los fenómenos magnéticos e hipnóticos, o todos los que están más o menos relacionados con ellos; por lo tanto, no necesitamos preocuparnos aquí de cosas de orden trascendente; en consecuencia, hay cuestiones, como la de los "fenómenos místicos", por ejemplo, que pueden quedar completamente fuera de las explicaciones que consideraremos aquí. Por otra parte, tampoco necesitamos examinar todos los fenómenos psíquicos indistintamente, sino sólo los que tienen alguna relación con el espiritismo; entre estos últimos todavía podríamos dejar de lado otros, como los producidos por "médiums sanadores", que en realidad proceden, o bien de la sugestión o bien del magnetismo propiamente dicho, puesto que es evidente que se explican sobradamente sin tener que recurrir a la hipótesis espiritista. Con ello no afirmamos la inexistencia de dificultades en la explicación de hechos de este orden, pero los espiritistas tampoco pueden pretender anexionarse todo el dominio del hipnotismo y del magnetismo; por lo

demás, es posible que, por añadidura, tales hechos puedan ser aclarados por las indicaciones que ofreceremos a propósito de los otros.

Tras estas observaciones generales, indispensables para plantear y delimitar la cuestión como es debido, podemos recordar las principales teorías que se han emitido para explicar los fenómenos del espiritismo; de ellas hay un gran número, pero el Dr. Gibier cree que todos pueden reducirse a cuatro tipos (Le Spiritisme, pp. 310-311). Su clasificación no carece, ni mucho menos, de defectos, pero puede servir como punto de partida. La primera, que él llama la "teoría del ser colectivo", puede definirse así: "Un fluido especial se desprende de la persona del médium, se combina con el fluido de las personas presentes para constituir un personaje nuevo, temporal, independiente hasta cierto punto, y produce los fenómenos conocidos". Luego viene la teoría "demoníaca", según la cual "todo es producido por el diablo o sus agentes", y que equivale en suma a asimilar el espiritismo con la brujería. En tercer lugar, hay una teoría a la que el Dr. Gibier, de modo extraño, llama "gnómica", según la cual "existe una categoría de seres, un mundo inmaterial, que vive junto a nosotros y manifiesta su presencia en ciertas condiciones: está formado por esos seres que han sido conocidos en todas las épocas con el nombre de genios, hadas, silvanos, duendes, gnomos, trasgos, etc."; no está claro por qué ha escogido a los gnomos más bien que a cualquiera de los otros para dar nombre a esta teoría, a la que vincula la de los teosofistas (atribuyéndola falsamente al Budismo), que responsabiliza de los fenómenos a los "elementales". Por último, tenemos la teoría espiritista, según la cual "todas estas manifestaciones son debidas a los espíritus o almas de los muertos, que toman contacto con los vivos manifestando sus cualidades o defectos, su superioridad o inferioridad, igual que si aún estuvieran vivos". Cada una de estas teorías -excepto la espiritista, que es la única absurda- puede contener una parte de verdad y explicar efectivamente, no todos, pero sí algunos de los fenómenos; el principal error de sus respectivos partidarios es el querer derivarlo todo de una sola teoría. En cuanto a nosotros, no pensamos siquiera que todos los fenómenos sin excepción deban explicarse necesariamente por una u otra de las teorías que acabamos de enumerar, pues en esta lista hay omisiones y confusiones; tampoco somos de los que creen que la simplicidad de una explicación es garantía de su verdad: es posible que pueda desearse que sea así, pero las

cosas no están obligadas a adecuarse a nuestros deseos, y nada prueba que deban precisamente ordenarse de la forma más cómoda para nosotros o más apropiada para facilitar nuestra comprensión; un tal "antropocentrismo", en gran número de científicos y filósofos, supone verdaderamente la existencia de ingenuas ilusiones.

La teoría "demoníaca" tiene el don de enfurecer especialmente a los espiritistas y a los científicos, pues unos y otros hacen profesión de no creer en el demonio; para los espiritistas, parece que en el "mundo invisible" no deba haber otra cosa que seres humanos, lo que es la limitación más inverosímilmente arbitraria que se pueda imaginar. Como más adelante expondremos nuestro punto de vista sobre el "satanismo", de momento no insistiremos en él, y nos limitaremos a observar que la oposición a esta teoría, que es casi tan fuerte entre los ocultistas como entre los espiritistas, es menos comprensible en el caso de los primeros, puesto que admiten la intervención de seres muy variados, lo que prueba que sus ideas están menos limitadas. Desde este punto de vista, la teoría "demoníaca" podría asociarse hasta cierto punto a la que el Dr. Gibier llama "gnómica", porque en uno y otro caso se trata de una acción ejercida por seres no humanos; y nada se opone en principio a que esos seres no sólo existan, sino que estén lo más diversificados posible. No hay duda de que en todos los pueblos y en todas las épocas se ha hablado de seres como los que el Dr. Gibier menciona, y debe haber una razón para ello, pues, cualesquiera que sean los nombres que se les ha dado, lo que se ha dicho sobre su forma de actuar concuerda notablemente; sin embargo, no pensamos que nunca hayan sido considerados como propiamente "inmateriales", y por lo demás, la cuestión, en este respecto, no se planteaba exactamente de la misma manera para los antiguos que para los modernos, pues las propias nociones de "materia" y "espíritu" han cambiado considerablemente de significado. Por otra parte, la forma en que esos seres han sido "personificados" se vincula sobre todo a las ideas populares, que recubren una verdad más bien que la expresan, y que más bien corresponden a las apariencias manifestadas que a la realidad subyacente; y un antropomorfismo similar, de origen completamente exotérico, se puede reprochar también a la teoría de los "elementales", que deriva verdaderamente de la anterior y puede considerarse una forma modernizada de ella. En efecto, los "elementales", en el sentido primero de la palabra, no

son otra cosa que los "espíritus de los elementos", a los que la antigua magia dividía en cuatro categorías: salamandras o espíritus del fuego, silfos o espíritus del aire, ondinas o espíritus del agua y gnomos o espíritus de la tierra; por supuesto, esta palabra "espíritus" no tenía el sentido que le dan los espiritistas, sino que designaba a seres sutiles, dotados tan sólo de una existencia temporal y que, por consiguiente, no tenían nada de "espiritual" en el sentido filosófico moderno; todo esto no es más que la expresión exotérica de una teoría sobre cuyo verdadero sentido volveremos más adelante. Los teosofistas han acordado una considerable importancia a los "elementales"; ya en otro lugar hemos dicho que posiblemente Mme. Blavatsky debía la idea a George H. Felt, miembro de la H. B. of L... quien por otra parte la atribuía de forma gratuita a los antiguos egipcios. Posteriormente, esta teoría fue más o menos aumentada y modificada, tanto por los propios teosofistas como por los ocultistas franceses, que evidentemente la hicieron suya, pretendiendo no debérsela a nadie; por lo demás, es de aquellas sobre las cuales las ideas de tales escuelas jamás fueron definitivas, y no podríamos aquí intentar conciliar todo lo que se ha dicho acerca de los "elementales". La masa de los teosofistas y de los ocultistas se atiene a la concepción más groseramente antropomórfica; pero también hay quienes han querido dar a la teoría un aspecto más "científico", y que, careciendo por completo de datos tradicionales para restituirle su sentido original y esotérico, simplemente la han acomodado a las ideas modernas o a los caprichos de su propia fantasía. De este modo, algunos han tratado de identificar a los "elementales" con las monadas de Leibnitz (1); otros los han reducido a no ser más que "fuerzas inconscientes", como Papus, para quien además son "los glóbulos sanguíneos del universo" (2), o incluso simples "centros de fuerzas", al mismo tiempo que "potencialidades de seres" (3); otros aún han creído ver "embriones de almas animales o humanas" (4); hay también quienes, en un sentido muy diferente, han llevado la confusión hasta el extremo, asimilándolos a las "jerarquías espirituales" de la kábala judía, de donde resultaría que debe comprenderse bajo la denominación de "elementales" a los ángeles y los demonios, a los que así pretenden hacer "perder su carácter fantástico" (5). Lo que es especialmente fantástico son esos ensamblajes de conexiones disparatados a los que están acostumbrados los ocultistas; aquellos en los que puede encontrarse algo un poco cierto no les

pertenecen propiamente, pues se trata de concepciones antiguas más o menos mal interpretadas, y los ocultistas parecen haber asumido la tarea, sin duda involuntariamente, de embrollar todas estas ideas más bien que de aclararlas y de poner orden en ellas.

Un ejemplo de estas falsas interpretaciones nos ha sido ofrecido por la teoría de las "cáscaras astrales", a la que el Dr. Gibier ha olvidado completamente en su nomenclatura, y que es también una adquisición que el ocultismo ha tomado del teosofismo; como anteriormente hemos establecido ya el verdadero sentido del que es una deformación, no volveremos sobre ello, pero recordaremos que es solamente de la manera que entonces indicábamos que puede admitirse en ciertos fenómenos una intervención de los muertos, o más bien un simulacro de intervención de los muertos, ya que su ser real no está en absoluto involucrado y no puede ser afectado por tales manifestaciones. En cuanto a la teoría de los "elementales", sobre la cual el ocultismo y el teosofismo apenas se diferencian más claramente que sobre las anteriores, se muestra como extremadamente confusa, confundiéndose a veces con la de las "cáscaras", y llegando por otra parte, frecuentemente, a identificarse con la hipótesis espiritista, a la cual aporta tan sólo algunas restricciones. Por un lado, Papus ha escrito lo siguiente: "Lo que el espiritista llama un espíritu, un yo, es llamado por el ocultista un elemental, una cáscara astral" (6). No podemos creer en la buena fe de tal asimilación, inaceptable para los espiritistas; pero sigamos: "Los principios inferiores iluminados por la inteligencia del alma humana (con la cual no tienen más que un "vínculo fluídico") forman lo que los ocultistas denominan un elemental, y flotan alrededor de la tierra en el mundo invisible, mientras que los principios superiores evolucionan en otro plano... En la mayoría de los casos, el espíritu que acude a una sesión es el elemental de la persona evocada, es decir, un ser que del difunto no posee más que los instintos y la memoria de las cosas terrestres" (7). Esto es bastante claro, y, si existe una diferencia entre una "cáscara" propiamente dicha y un "elemental", ésta consiste en que la primera es literalmente un "cadáver astral", mientras que el segundo pasa por mantener todavía un "vínculo fluídico" con los principios superiores; señalemos de paso que esto parece implicar que todos los elementos del ser humano deben situarse en alguna parte del espacio; los ocultistas, con sus "planos",

toman una imagen bastante grosera por una realidad. Pero, por otra parte, las afirmaciones que acabamos de reproducir no impiden al mismo autor, en otros párrafos de la misma obra, calificar a los "elementales" de "seres conscientes y voluntarios", presentarlos como "las células nerviosas del universo" y asegurar que "son ellos los que se aparecen a las desgraciadas víctimas de las alucinaciones de la brujería en la figura del diablo, con el cual (sic) han pactado" (8); este último papel, por lo demás, a menudo es atribuido por los ocultistas a los "elementales". Todavía en otra parte, Papus precisa que el "elemental" (y aquí pretende que este término, que sin embargo no tiene nada de hebraico, pertenece a la kábala) "está formado por el espíritu inmortal superiormente, por el cuerpo astral (su parte superior) en su parte media, y por las cortezas inferiormente" (9). Se trataría entonces, según esta nueva versión, del ser humano verdadero y completo, tal como está constituido durante el tiempo más o menos amplio en el que mora en el "plano astral"; es ésta la opinión que ha prevalecido entre los ocultistas, así como entre los teosofistas, y unos y otros han llegado a admitir generalmente que tal ser puede ser invocado en tanto se halle en este estado, es decir, en el transcurso del período que va de la "muerte física" a la "muerte astral". No obstante, se añade que los "desencarnados" que más frecuentemente se manifiestan en las sesiones espiritistas (a excepción de los "muertos queridos") son los hombres de naturaleza más inferior, especialmente los alcohólicos, los brujos y los criminales, y también aquellos que han muerto de forma violenta, especialmente los suicidas; y es incluso a tales seres inferiores, cuya relación es considerada como muy peligrosa, a los que los teosofistas reservan la denominación de "elementales". Los espiritistas, que se oponen absolutamente a todas las teorías que hasta ahora se han tratado, no parecen apreciar mucho esta concesión, no obstante muy grave, y ello se comprende en suma muy bien: ellos mismos reconocen que hay "malos espíritus" que se introducen en sus sesiones, pero, si no se tratara más que de éstos, ¿no sería necesario abstenerse definitivamente de las prácticas del espiritismo?; es esto en efecto lo que recomiendan los dirigentes del ocultismo y sobre todo del teosofismo, pero sin poder, en este punto, hacerse escuchar por una cierta categoría de sus adherentes, para quienes todo lo que es "fenómeno", sea cual sea su cualidad, posee un atractivo irresistible.

Llegamos ahora a las teorías que explican los fenómenos por la acción de seres humanos vivos, y que el Dr. Gibier reúne confusamente bajo la denominación (impropia en algunos casos) de "teoría del ser colectivo". La teoría que en verdad merece este nombre en realidad se incorpora a otra que no es necesariamente solidaria de ella, y que a veces es llamada teoría "animista" o "vitalista"; en su forma más común, que por lo demás es la que se expresa en la definición dada por el Dr. Gibier, también se podría llamar teoría "fluídica". El punto de partida de esta teoría es que en el hombre hay algo que es capaz de exteriorizarse fuera de los límites del cuerpo, y muchas observaciones tienden a probar que efectivamente ocurre así; recordaremos tan sólo los experimentos del coronel de Rochas y varios otros psiquistas sobre la "exteriorización de la sensibilidad" y la "exteriorización de la motricidad". Admitir esto no implica, evidentemente, la adhesión a ninguna escuela, pero algunos han sentido la necesidad de concebir este "algo" bajo el aspecto de un "fluido", al que llaman tanto "fluido nervioso" como "fluido vital"; tales gentes son, naturalmente, ocultistas, que aquí, como siempre que se trata de "fluidos", se limitan a seguir a los magnetizadores y los espiritistas. Este supuesto "fluido", en efecto, no es otra cosa que el de los magnetizadores, a saber el od de Reichenbach, que se ha querido comparar con las "radiaciones invisibles" de la física moderna (10); eso es lo que se supone que se desprende del cuerpo humano en forma de efluvios que algunos creen haber fotografiado; pero ésta es otra cuestión y queda al margen de nuestro tema. En cuanto a los espiritistas, ya hemos dicho que tenían del mesmerismo esta idea de los "fluidos", a la que también recurren para explicar la mediumnidad; las divergencias no se fundan en lo anterior, sino en el hecho siguiente: los espiritistas sostienen que un ''espíritu'' viene a utilizar el "fluido" exteriorizado, mientras que los ocultistas y los simples psiquistas suponen, más razonablemente, que el médium solo, en muchos casos, podría muy bien llevar el peso de todo el fenómeno. En efecto, si algo del hombre se exterioriza, no hay necesidad de recurrir a factores ajenos para explicar fenómenos tales como golpes o el desplazamiento de objetos sin contacto. Estos fenómenos, por lo demás, no constituyen una "acción a distancia", pues, en definitiva, un ser está en todas partes donde actúa: en cualquier punto en que se produzca esta acción, el hecho es que el médium, sin duda inconscientemente, ha proyectado

allí algo de sí mismo. La posibilidad de tal cosa sólo puede ser negada por los que creen que el hombre está absolutamente limitado por su cuerpo, lo que prueba que sólo conocen una parte muy pequeña de sus posibilidades. Sabemos muy bien que esta suposición es la más habitual entre los occidentales modernos, pero no se justifica más que por la ignorancia común. Equivale, en efecto, a sostener que el cuerpo es en cierto modo la medida del alma, lo que, en la India, es una de las tesis heterodoxas de los jainas (usamos las palabras cuerpo y alma para hacernos entender más fácilmente), tesis que es demasiado fácil reducir al absurdo para que insistamos en ella: ¿es concebible que el alma deba, o incluso pueda, seguir las variaciones cuantitativas del cuerpo y que, por ejemplo, la amputación de un miembro acarree en ella una disminución proporcional? Por lo demás, cuesta comprender cómo la filosofía moderna ha planteado una cuestión tan carente de sentido como la de la "sede del alma", como si se tratara de algo "localizable"; y los ocultistas tampoco están libres de reproche a este respecto, puesto que tienen tendencia a localizar, aun después de la muerte, todos los elementos del ser humano. Los espiritistas, por su parte, repiten a cada instante que los "espíritus" están "en el espacio", o también, en lo que llaman, en francés, la erraticité o "errabundez". Vemos también aquí la misma costumbre de materializar todas las cosas, que es lo mismo que criticamos en la teoría "fluídica"; en todo esto no habría nada que decir si, en vez de hablar de "fluidos", se hablara simplemente de "fuerzas", como lo hacen los psiquistas más prudentes o menos afectados por el "neoespiritualismo"; la palabra "fuerzas" es sin duda muy vaga, pero eso la hace más apropiada en un caso como éste, pues no vemos que la ciencia ordinaria esté en condiciones de permitir una mayor precisión.

Pero volvamos a los fenómenos que pueden ser explicados por la fuerza exteriorizada. Los casos que hemos mencionado son los más elementales de todos; ¿sirve lo mismo cuando muestran cierto grado de inteligencia, como, por ejemplo, cuando la tabla móvil responde más o menos correctamente a las preguntas planteadas? No dudaremos en responder afirmativamente para un gran número de casos: es más bien excepcional que las respuestas a las "comunicaciones" obtenidas superen sensiblemente el nivel intelectual del médium o de los asistentes; y el espiritista que posee ciertas facultades

mediúmnicas y se encierra en su casa para consultar su tabla en privado no sospecha que con quien se comunica es consigo mismo a través de este medio indirecto; y sin embargo esto es lo que le ocurre con más frecuencia. En las sesiones de grupos, la presencia de un número de personas más o menos elevado complica un poco las cosas; el médium ya no está limitado a su propio pensamiento, sino que, debido al estado especial en que se encuentra y que le hace eminentemente accesible a la sugestión en todas sus formas, puede estar también reflejando o expresando los pensamientos de uno cualquiera de los asistentes. Por lo demás, en este caso igual que en el anterior, el pensamiento en cuestión no tiene por qué ser claramente consciente en ese momento, e incluso es improbable que tal pensamiento se exprese a menos que alguien tenga la voluntad decidida de influir en las respuestas. Lo que habitualmente se manifiesta pertenece más bien a ese ámbito muy complejo que los psicólogos llaman el "subconsciente". A menudo se ha abusado de este término, pues en muchas circunstancias es muy cómodo apelar a lo que es oscuro y poco definido. Sin embargo, no cabe duda de que el término "subconsciente" corresponde a una realidad; el problema está, no obstante, en que en el subconsciente hay todo tipo de cosas, y los psicólogos, dentro de los límites de los medios de que disponen, lo tendrían muy difícil para poner un poco de orden en todo ello. En primer lugar, hay lo que se podría llamar la "memoria latente": nada se olvida jamás de una forma absoluta, como lo prueban los casos de "reviviscencia" anormal que se han observado con bastante frecuencia. Basta, pues, con que algo haya sido conocido por uno de los asistentes, aun cuando crea haberlo olvidado completamente, para que no haya motivo para ir a buscar en otra parte, si eso se expresa en una "comunicación" espiritista. Hay, también, todas las "previsiones" y "presentimientos" de los que ciertas personas, incluso normalmente, son conscientes de una forma clara. A este orden, sin duda, debemos asignar muchas de las predicciones espiritistas que se realizan, sin contar con el número, probablemente mayor, de las que no lo hacen, y que representan vagos pensamientos de cualquier tipo que toman cuerpo del mismo modo en que puede hacerlo cualquier ensueño (11). Pero iremos todavía más lejos: una "comunicación" que enuncie hechos realmente desconocidos por todos los asistentes puede proceder, sin embargo, del "subconsciente" de uno de ellos, pues, también a este respecto, la totalidad de

las posibilidades del ser humano está muy lejos de ser conocida comúnmente: a través de esa parte oscura de uno mismo, cada uno de nosotros puede estar en relación con seres y cosas de los que nunca ha tenido ningún conocimiento en el sentido consciente de la palabra, y ahí se establecen innumerables ramificaciones a las que es imposible asignar límites definidos. Aquí estamos muy lejos de las ideas de la psicología clásica. Todo esto podrá parecer muy extraño, lo mismo que el hecho de que las "comunicaciones" puedan estar influidas por los pensamientos de personas que no están presentes; sin embargo, no dudamos en afirmar que no hay en todo esto ninguna imposibilidad. Volveremos en su momento a la cuestión del ''subconsciente''; por el momento sólo lo mencionamos para mostrar que los espiritistas son muy imprudentes al invocar hechos del tipo que hemos mencionado como pruebas ciertas de su teoría.

Estas últimas consideraciones permitirán comprender qué es la teoría del "ser colectivo". Esta teoría, digámoslo enseguida, ha sido admitida por algunos espiritistas más independientes que el resto y que no creen indispensable suponer que los "espíritus" desempeñen un papel en todos los casos sin excepción; entre esas personas se cuentan Eugéne Nus, que fue sin duda el primero que empleó la expresión "ser colectivo" (12), y Camille Flammarion. Según esta teoría, el "ser colectivo" se forma por una especie de combinación de los "perispíritus" o "fluidos" del médium y los asistentes, y se fortalecería en cada sesión, siempre y cuando los asistentes sean siempre los mismos. Los ocultistas han hecho suya esta idea con tanta mayor prontitud cuanto que creían poder asimilaría a las ideas de Eliphas Lévi sobre los egrégores [escrito eggrégores] (13) o "entidades colectivas". Sin embargo, hay que señalar, a fin de no llevar la asimilación demasiado lejos, que en Eliphas Lévi se trataba, mucho más generalmente, de lo que podría llamarse el "alma" de una colectividad cualquiera, por ejemplo una nación; el gran error de los ocultistas, en casos como éste, consiste en tomar al pie de la letra ciertas maneras de hablar y en creer que se trata verdaderamente de un ser comparable a un ser vivo, al cual sitúan, naturalmente, en el "plano astral". Para volver al "ser colectivo" de las sesiones espiritistas, diremos simplemente que, dejando a un lado todo "fluido", no hay que ver en él más que esas acciones y reacciones de los diversos "subconscientes" presentes (de los que hemos hablado antes) y el

efecto de las relaciones que se establecen entre ellos de una manera más o menos duradera y que se amplifican a medida que el grupo se va constituyendo más sólidamente. Hay también casos en los que el "subconsciente" individual o colectivo lo explica todo por sí mismo, sin que haya la menor exteriorización de fuerza en el médium o en los asistentes: esto ocurre en el caso de los "médiums de encarnaciones" e incluso en el de los "médiums escritores"; estos estados, digámoslo una vez más, son rigurosamente idénticos a puros y simples estados de sonambulismo (a menos que se trate de una verdadera "posesión", pero esto no es frecuente). A este respecto, añadiremos que hay grandes semejanzas entre el médium, el sujeto hipnótico y el sonámbulo natural; hay un determinado conjunto de condiciones "psico-fisiológicas" que les son comunes, y la manera en que se comportan es muy a menudo la misma. Citaremos aquí lo que afirma Papus sobre las relaciones entre el hipnotismo y el espiritismo: "Una serie de observaciones rigurosas nos ha conducido a la idea de que el espiritismo y el hipnotismo no se situaban en dos campos de estudio diferentes, sino en los grados diversos de un mismo orden de fenómenos; el médium presenta con el sujeto numerosos puntos comunes, puntos, que yo sepa, que jamás han sido hasta ahora suficientemente analizados. Pero el espiritismo conduce a resultados experimentales más completos que los del hipnotismo; el médium también es un sujeto, pero un sujeto que lleva los fenómenos más allá del dominio actualmente conocido en el hipnotismo" (14). Al menos sobre este punto podemos estar de acuerdo con los ocultistas, aunque con algunas reservas: por un lado, no cabe duda de que el hipnotismo puede ir mucho más lejos de lo que hasta ahora han estudiado algunos científicos, pero no vemos sin embargo ventaja alguna en extender esta denominación de forma que se haga entrar en ella todos los fenómenos psíquicos sin distinción; por otro lado, como ya hemos dicho antes, todo fenómeno relacionado con el hipnotismo escapa por ello mismo del espiritismo, y por lo demás los resultados experimentales obtenidos por las prácticas espiritistas no constituyen el espiritismo en sí: el espiritismo son las teorías, no los hechos, y en este sentido podemos decir que el espiritismo no es más que un error y una ilusión.

Hay todavía ciertas categorías de fenómenos de las que no hemos hablado, pero que se cuentan entre las que evidentemente suponen una exteriorización: son los fenómenos conocidos como "aportaciones" y

"materializaciones". Las "aportaciones" son en suma desplazamientos de objetos, pero con la complicación de que éstos proceden de lugares que pueden estar muy alejados y a menudo parece que han tenido que pasar a través de obstáculos materiales. Si el médium, de un modo u otro, emite prolongaciones de sí mismo para ejercer una acción sobre los objetos, la mayor o menor distancia no afecta al hecho en sí, simplemente implica unas facultades más o menos desarrolladas; y si la intervención de "espíritus" u otras entidades extraterrestres no es siempre necesaria, no lo es nunca. Aquí la dificultad reside más bien en el paso real o aparente de los objetos a través de la materia. Algunos han tratado de explicarlo suponiendo que se da primero una "desmaterialización" y luego una "rematerialización" del objeto aportado; otros erigen teorías más o menos complicadas, en las que la "cuarta dimensión" del espacio desempeña el papel principal. No entraremos en la discusión de estas diversas hipótesis, pero señalaremos que conviene desconfiar de las fantasías que la "hipergeometría" ha inspirado a los "neoespiritualistas" de diferentes escuelas. Por eso nos parece preferible considerar simplemente, con respecto al transporte de objetos, "cambios de estado", que no especificaremos más; y añadiremos que, a pesar de lo que creen los fisicos modernos, la impenetrabilidad de la materia bien puede ser muy relativa. Pero, en cualquier caso, basta señalar que, también en esto, la supuesta acción de los "espíritus" no resuelve nada. Una vez que se admite el papel del médium, no es sino lógico tratar de explicar hechos como esos mediante propiedades del ser viviente. Por lo demás, para los espiritistas el ser humano, al morir, pierde ciertas propiedades, más bien que adquiere otras nuevas. Por último, y dejando de lado toda teoría particular, es evidente que la persona viva se encuentra en condiciones más favorables para actuar sobre la materia física que un ser en cuya constitución no entra ningún elemento de esta materia.

En cuanto a las "materializaciones", son quizá los fenómenos más raros, pero también son los que los espiritistas consideran más convincentes: ¿cómo se podría dudar de la existencia y presencia de un "espíritu" cuando toma una apariencia perfectamente observable y reviste una forma que puede verse, tocarse e incluso (lo cual excluye la hipótesis de la alucinación) fotografiarse? Sin embargo, los propios espiritistas reconocen que el médium desempeña algún papel en todo ello: una especie de sustancia, primero informe y nebulosa,

parece surgir de su cuerpo y luego se condensa gradualmente; esto lo admite todo el mundo, salvo los que niegan la propia realidad del fenómeno. Pero los espiritistas añaden que un "espíritu" viene a modelar esta sustancia, este "ectoplasma", como lo llaman algunos psiquistas, a darle su forma y animarlo como un verdadero cuerpo temporal. Por desgracia, ha habido "materializaciones" de personas imaginarias, al igual que ha habido "comunicaciones" firmadas por héroes de novelas; Eliphas Lévi asegura que algunas personas hicieron evocar por Dunglas Home a los fantasmas de supuestos parientes que nunca existieron (15); y se han citado casos en que las formas "materializadas" eran meramente reproducciones de retratos, o incluso de figuras imaginarias tomadas de cuadros o dibujos que el médium había visto. Papus escribe: "En el congreso espiritista de 1889, el señor Donald Mac Nab me mostró un negativo fotográfico que representaba la materialización de una joven que él y seis amigos suyos habían podido tocar y que él logró fotografiar. El médium, en estado letárgico, era visible al lado de la aparición. Ahora bien, esta aparición materializada no era más que una reproducción material de un dibujo de varios siglos de antigüedad que había impresionado mucho al médium estando éste despierto" (16). Por otra parte, si la persona evocada es reconocida por alguno de los presentes, esto prueba claramente que éste tenía en su memoria una imagen de aquella, y el parecido observado puede muy bien proceder de esa imagen; si, por el contrario, nadie ha conocido al supuesto "desencarnado" que aparece, su identidad no puede verificarse y el argumento espiritista se derrumba de nuevo. Por lo demás, el propio Flammarion ha tenido que admitir que la identidad de los "espíritus" nunca ha sido demostrada, y que los casos más notables siempre pueden dar lugar a objeciones; ¿y cómo podría ser de otro modo, si se piensa que, incluso para un hombre vivo, es casi imposible, tanto en la práctica como en la teoría, dar de su identidad pruebas verdaderamente rigurosas e irrefutables? Así pues, hay que atenerse a la teoría "ideoplástica", según la cual no sólo el substrato de la "materialización" es proporcionado por el médium, sino que incluso su forma misma es debida a una idea o, más exactamente, a una imagen mental, ya sea también del médium o de un asistente cualquiera, y esa imagen, por lo demás, puede no ser más que "subconsciente". Todos los hechos pueden explicarse por esta teoría, y algunos no pueden explicarse de otro modo. Observemos de

pasada que el admitir esto no significa que haya necesariamente fraude cuando aparecen "materializaciones" bidimensionales, tales como dibujos cuyo modelo se descubre posteriormente. Esto no impide, claro está, que los fraudes sean de hecho muy frecuentes, pero los casos como los mencionados deberían ser examinados con más atención, en vez de ser rechazados automáticamente. Es asimismo bien sabido que hay materializaciones más o menos incompletas: a veces hay formas que se pueden tocar pero que no llegan a hacerse visibles, y hay también apariciones que sólo son parciales, generalmente formas de manos. Estas apariciones aisladas merecen retener nuestra atención: se han tratado de explicar diciendo que "como un objeto se toma generalmente con la mano, el deseo de asir un objeto debe despertar necesariamente la idea de una mano y, por consiguiente, su representación mental" (17). Aun aceptando esta explicación en principio, se puede pensar que no siempre es suficiente, y a este respecto recordaremos que manifestaciones similares se han observado en casos que entran dentro del campo de la brujería, como los hechos de Cideville ya mencionados. Por lo demás, la teoría ideoplástíca no excluye toda intervención exterior; simplemente limita el número de casos en los que hay que acudir a ella. En especial, no excluye la acción de personas vivas que no están físicamente presentes (así es como operan los brujos), ni la de diversas fuerzas sobre las que volveremos más adelante.

Algunos dicen que lo que se exterioriza es el "doble" del médium; esta expresión es impropia, al menos en el sentido de que este pretendido "doble" pueda adoptar una apariencia muy diferente a la del propio médium. Para los ocultistas, este "doble" es evidentemente idéntico al "cuerpo astral"; hay quienes se empeñan en obtener, de una forma consciente y voluntaria, el "desdoblamiento" o la "salida astral", es decir, en suma, en realizar activamente lo que el médium hace pasivamente, aún sabiendo que las experiencias de este género son extremadamente peligrosas. Cuando los resultados no son puramente ilusorios y debidos a una simple autosugestión, son en todo caso mal interpretados; ya hemos dicho que no es posible admitir el "cuerpo astral", así como tampoco los "fluidos", porque no se trata sino de representaciones muy groseras, consistentes en suponer estados materiales que apenas difieren de la materia ordinaria sino por una menor densidad. Cuando hablamos de un estado sutil queremos decir algo completamente

distinto. No es un cuerpo de materia rarificada, un "aerosoma", para usar un término adoptado por algunos ocultistas; es algo verdaderamente incorpóreo. Por lo demás, no sabemos si se le debe llamar material o inmaterial, y poco nos importa, pues estas palabras sólo tienen un valor muy relativo para cualquiera que se sitúe fuera del marco convencional de la filosofía moderna, y este tipo de ideas es completamente ajeno a las doctrinas orientales, las únicas que hoy estudian cómo debe ser la cuestión de la que tratamos. Debemos precisar que aquello a lo que aludimos ahora es esencialmente un estado del hombre vivo, pues el ser humano, al morir, sufre un cambio mucho más profundo que la mera pérdida del cuerpo, como sostienen los espiritistas e incluso los ocultistas. Por eso, lo que es capaz de manifestarse tras la muerte no puede considerarse más que como una especie de vestigio de ese estado sutil del ser vivo, y ya no es este estado mismo, como tampoco el cadáver es el organismo vivo. Durante la vida, el cuerpo es la expresión de cierto estado del ser; pero este ser posee también, y simultáneamente, estados incorpóreos, entre los cuales, por lo demás, el que ahora nos ocupa es el más próximo al estado corpóreo. Este estado sutil debe presentarse al observador como una fuerza o un conjunto de fuerzas más bien que como un cuerpo, y la apariencia corpórea de las "materializaciones" no se añade más que excepcionalmente a sus propiedades ordinarias. Todo esto ha sido singularmente deformado por los ocultistas, que dicen con razón que el "plano astral" es el "mundo de las fuerzas", pero a los que esto no les ha impedido situar cuerpos en él; hay que añadir todavía que las "fuerzas sutiles" son muy diferentes, tanto por su naturaleza como por su modo de acción, de las fuerzas estudiadas por la física ordinaria.

Lo que es curioso observar, como consecuencia de estas últimas consideraciones, es lo siguiente: incluso aquellos que admiten la posibilidad de evocar a los muertos (queremos decir el ser real de los muertos) deberían admitir que es igualmente posible, y menos difícil, evocar a una persona viva, puesto que el muerto no ha adquirido, a sus ojos, ningún elemento nuevo. Además, en cualquier estado en que se le suponga, ese estado nunca puede ofrecer una similitud tan completa como la que existe entre dos hombres vivos; de ahí que las posibilidades de comunicación, si existen, no pueden ser, en todo caso, más que disminuidas, no aumentadas. Ahora bien, es digno de notar que

los espiritistas se rebelan violentamente contra esta posibilidad de evocar a un vivo y parecen encontrarla particularmente perjudicial para su teoría. Nosotros, que negamos todo fundamento a su teoría, reconocemos esta posibilidad, y diremos por qué. El cadáver no tiene otras propiedades que las que tenía el organismo vivo, y sólo conserva algunas de las que éste poseía. Del mismo modo, el ob de los hebreos o el prêta de los hindúes, no puede tener propiedades nuevas con respecto al estado del que sólo es un vestigio. Así pues, si este elemento puede ser evocado es porque el ser vivo también puede serlo en su estado correspondiente. Lo que acabamos de decir sólo supone, claro está, una analogía entre estados diferentes, y no una asimilación con el cuerpo; el ob (conservemos este nombre en aras de una mayor simplicidad) no es un "cadáver astral", y sólo la ignorancia de los ocultistas, que confunden la analogía con la identidad, ha hecho de él la "cáscara" de la que hablan; los ocultistas, digámoslo una vez más, no han hecho otra cosa que recoger jirones de un conocimiento que no han entendido. Nótese, asimismo, que todas las tradiciones concuerdan en reconocer que la evocación mágica del ob, cualquiera que sea el nombre que le den, es una realidad; en particular, la Biblia hebrea refiere el caso de la evocación del profeta Samuel (I Samuel, XXVIII), y si esto no fuera realidad las prohibiciones bíblicas sobre la cuestión no tendrían sentido. Pero volvamos a nuestro tema: si un hombre vivo puede ser evocado, hay esta diferencia con respecto al caso de un hombre muerto: dado que el compuesto que forma al hombre vivo no está disuelto, la evocación afectará necesariamente a su ser real; ello puede tener entonces consecuencias mucho más graves que las referentes al ob, lo cual no significa que éstas últimas carezcan de importancia, aunque se refieran a otro orden. Por otra parte, la posibilidad de evocación debe ser sobre todo posible si el hombre está dormido, porque precisamente se encuentra entonces, en cuanto a su conciencia actual, en el estado correspondiente a aquello que puede ser evocado, a menos que no se halle en el estado de verdadero sueño profundo, donde nada puede alcanzarle y donde ninguna influencia exterior puede ejercerse sobre él; esta posibilidad se refiere solamente a lo que podemos llamar el estado de sueño, intermedio entre la vigilia y el sueño profundo, y es igualmente de este lado donde, digámoslo de pasada, debería efectivamente buscarse la verdadera explicación de todos los fenómenos del sueño,

explicación que no es menos imposible para los psicólogos que para los fisiólogos. Huelga decir que no aconsejamos a nadie intentar la evocación de un vivo, ni sobre todo someterse voluntariamente a una tal experiencia, y que sería extremadamente peligroso dar públicamente la menor indicación que pudiera ayudar a obtener este resultado; pero lo más molesto es que puede ocurrir a veces que se obtengas estas indicaciones sin haberlas buscado, y éste es uno de los inconvenientes accesorios que presenta la divulgación de las prácticas empíricas de los espiritistas; no queremos exagerar la importancia de tal peligro, pero ya es mucho que exista, por muy excepcional que sea. He aquí lo que a este respecto dice un psiquista que se ha confesado un resuelto adversario de la hipótesis espiritista, el ingeniero Donald Mac-Nab: "Es posible que en una sesión se materialice la identidad física de una persona ausente, en relación psíquica con el médium. Si se actúa entonces erróneamente, puede matarse a esta persona. Muchos casos de muerte súbita pueden achacarse a esta causa" (18). En otra parte, el mismo autor considera también, además de la evocación propiamente dicha, otras posibilidades del mismo orden: "Una persona ausente puede asistir psíquicamente a la sesión, de forma que muy bien se explica que se pueda observar el fantasma de esta persona o de cualquier otra imagen contenida en su inconsciente, incluidas las de las personas muertas que haya conocido. La persona que así se manifiesta generalmente no tiene conciencia de ello, aunque experimenta una especie de ausencia o de abstracción. Este caso es menos raro de lo que se piensa" (19). Si simplemente se reemplaza aquí "inconsciente" por "subconsciente", se verá que es exactamente, en el fondo, lo que anteriormente hemos dicho acerca de esas oscuras ramificaciones del ser humano que permiten explicar tantas cosas en las "comunicaciones" espiritistas. Antes de ir más lejos, observaremos todavía que el "médium de materializaciones" siempre se halla inmerso en ese sueño especial al que los espiritistas anglosajones denominan trance, pues su vitalidad, así como su conciencia, está concentrada entonces en el "estado sutil"; e incluso, a decir verdad, este trance es mucho más semejante a una muerte aparente que el sueño ordinario, porque hay entonces, entre este "estado sutil" y el estado corporal, una disociación más o menos completa. Es por ello que, en toda experiencia de "materialización", el médium está constantemente en peligro de muerte, al igual que el ocultista que intenta el

"desdoblamiento"; para evitar dicho peligro, sería preciso recurrir a medios especiales que ninguno de ellos tiene a su disposición; a pesar de todas sus pretensiones, los ocultistas "practicantes" son, como los espiritistas, simples empíricos que ni siquiera saben lo que hacen.

El "estado sutil" del que estamos hablando, y con el cual deben relacionarse no sólo las "materializaciones", sino todas las demás manifestaciones que implican cualquier tipo de "exteriorización", recibe el nombre de taijasa en la doctrina hindú, pues esta doctrina considera que el principio correspondiente posee la naturaleza del elemento ígneo (tejas), que es a la vez calor y luz. Esto se comprendería mejor con una exposición de la constitución del ser humano tal como lo considera esta doctrina; pero no podemos pensar en realizarla aquí, pues ello exigiría todo un estudio especial, que tenemos la intención de hacer algún día. Por el momento, debemos limitarnos a indicar muy sumariamente algunas de las posibilidades de ese "estado sutil", posibilidades que, por lo demás, van mucho más allá que todos los fenómenos del espiritismo, los cuales ni siquiera les son comparables. Son, por ejemplo, las siguientes: la posibilidad de transferir a ese estado la totalidad de la conciencia individual, y no sólo una porción de "subconciencia", como ocurre en el sueño ordinario y en los estados hipnóticos o mediúmnicos; la posibilidad de "localizar" ese estado en un lugar determinado, lo que constituye la "exteriorización" propiamente dicha, y de utilizarla para condensar en él una apariencia corpórea análoga a la "materialización" de los espiritistas pero sin la intervención de ningún médium; la posibilidad de dar a esta apariencia, bien la forma del cuerpo (y entonces merecería verdaderamente el nombre de "doble"), o bien cualquier otra forma correspondiente a una imagen mental cualquiera; y, por último, la posibilidad de "transferir" a ese estado, si podemos expresarnos así, los elementos constitutivos del propio cuerpo, lo cual parecerá sin duda más extraordinario todavía que todo lo demás. Se observará que esto nos da el medio de explicar, entre otras cosas, los fenómenos de "bilocación", que son de aquellos a los que aludíamos cuando decíamos que hay fenómenos, exteriormente muy similares, de los que se han encontrado ejemplos tanto en casos de santos como de brujos. Aquí tenemos también una explicación de esas historias, demasiado extendidas para carecer de fundamento, de brujos que han sido vistos errando en formas animales, y también podemos ver aquí por

qué los golpes dados a esas formas tienen su repercusión, en heridas reales, en el propio cuerpo del brujo, lo mismo que cuando su fantasma se muestra en su forma natural, que, por lo demás, puede no ser visible para todos los presentes; en este último punto, como en muchos otros, el caso de Cideville, es particularmente impresionante e instructivo. Por otro lado, hay realizaciones muy incompletas y rudimentarias de la última posibilidad mencionada; a ellas deben asignarse los fenómenos de "levitación", de los que no hemos hablado antes (y acerca de los cuales habría que repetir la misma observación que hemos hecho para la "bilocación"), los cambios de peso observados en los médiums (y que han dado a algunos psiquistas la ilusión absurda de poder "pesar el alma"), y también esos "cambios de estado", o al menos de modalidad, que deben producirse en las "aportaciones". Hay igualmente algunos casos que podrían considerarse "bilocaciones" incompletas, como todos los fenómenos de "telepatía", es decir, las apariciones de seres humanos a distancia, las cuales se producen durante su vida o en el momento mismo de su muerte; estas apariciones pueden, por otra parte, presentar grados de consistencia en extremo variables. Las posibilidades de que se trata, al estar mucho más allá del ámbito del psiquismo ordinario, permiten explicar a fortiori muchos fenómenos estudiados por éste, pero, tal como hemos visto, esos fenómenos no representan más que casos atenuados, reducidos a las proporciones más mediocres. En todo esto, por lo demás, sólo hablamos de posibilidades, y convenimos en que hay cosas sobre las cuales sería bastante difícil insistir, sobre todo por la mentalidad que prevalece hoy en día. ¿A quién se haría creer, por ejemplo, que un ser humano, en ciertas circunstancias, puede abandonar la existencia terrena sin dejar un cadáver tras de sí? Sin embargo, podemos apelar una vez más al testimonio de la Biblia: Enoc "desapareció, pues se lo llevó Dios" (20); Moisés "fue enterrado por el Señor, y nadie hasta hoy conoce su sepulcro" (21); Elías subió a los cielos en un "carro de fuego" (22), lo que recuerda curiosamente al "vehículo ígneo" de la tradición hindú; y si bien estos ejemplos implican la intervención de una causa de orden trascendente, no es menos cierto que esta intervención presupone ciertas posibilidades en el ser humano. Sea como fuere, no indicamos todo esto más que para hacer reflexionar a los que son capaces de hacerlo, y para darles alguna idea de la gama de posibilidades del ser humano, tan completamente insospechadas por

la mayoría. Para aquellos también, añadiremos que todo lo que se refiere a ese "estado sutil" toca muy de cerca a la naturaleza misma de la vida, que algunos antiguos, como Aristóteles, de acuerdo en esto con los orientales, asimilaban al calor, propiedad específica del elemento tejas (23). Además, este elemento está en cierto modo polarizado en calor y luz, de donde resulta que el "estado sutil" está ligado al estado corpóreo de dos maneras diferentes y complementarias, por el sistema nervioso en cuanto a la cualidad luminosa, y por la sangre en cuanto a la calorífica; tenemos aquí los principios de toda una "psicofisiología" que no tiene ninguna relación con la de los occidentales modernos y de la que éstos no tienen la menor idea. También habría que recordar el papel desempeñado por la sangre en la producción de determinados fenómenos, su utilización en diversos ritos mágicos e incluso religiosos, y también su prohibición como alimento por legislaciones tradicionales como la de los hebreos; pero esto podría llevarnos muy lejos, y, además, estas cosas no son de las que se puede hablar sin reserva. Por último, el "estado sutil" no debe ser considerado tan sólo en los seres vivos individuales, sino que, como todos los demás estados, tiene su correspondencia en el orden cósmico; a eso se refieren los misterios del "Huevo del Mundo", antiguo símbolo común a druidas y brahmanes.

Parece que nos hemos alejado mucho de los fenómenos del espiritismo. Sin embargo, la última observación que hemos hecho nos conducirá de nuevo a este tema, permitiéndonos completar nuestra explicación, a la que todavía le faltaba algo. En todos sus estados, el ser vivo está en relación con el modo cósmico correspondiente; esto es evidente en el caso del estado corpóreo, y en otros casos la ley de la analogía debe ser observada como en todo. Huelga decir que no se puede responsabilizar a la verdadera analogía, correctamente aplicada, de los abusos de la falsa analogía que encontramos a cada paso en los ocultistas. Con el nombre de "plano astral", éstos han producido una especie de caricatura distorsionada del medio cósmico que corresponde al "estado sutil", que es un medio incorpóreo. La única imagen que un físico podría formarse de él es la de un "campo de fuerzas”, pero con la reserva de que esas fuerzas son de un tipo completamente distinto de las que él está acostumbrado a manejar. Esto es lo que explica las acciones ajenas que en ciertos casos pueden añadirse a la acción de los seres vivos y combinarse con ella en cierta forma para

producir fenómenos; también aquí, lo que más hay que temer al formular teorías es el hecho de limitar arbitrariamente posibilidades que se pueden calificar propiamente de indefinidas (no decimos "infinitas"). Las fuerzas que pueden entrar en juego son diversas y múltiples; el que deban considerarse como procedentes de seres especiales, o como meras fuerzas en un sentido más próximo al del físico, poco importa cuando nos limitamos a las generalidades, pues tanto una cosa como la otra pueden ser ciertas según los casos. Por su naturaleza, algunas de estas fuerzas están más próximas al mundo corpóreo y a las fuerzas físicas, y, por consiguiente, se manifestarán más fácilmente al entrar en contacto con el ámbito de la percepción sensible, ya sea por medio de un organismo vivo (el de un médium) o por cualquier otro medio. Ahora bien, esas fuerzas son precisamente las más inferiores, y por lo tanto son las que pueden tener efectos más funestos y las que deberían ser evitadas con más cuidado. Son los que, en el orden cósmico, corresponde a las regiones más bajas del "subconsciente" humano. A esta categoría deben ser asignadas todas las fuerzas a las que la tradición extremo-oriental da el nombre genérico de "influencias errantes". Su manipulación constituye la parte más importante de la magia, y sus manifestaciones, a veces espontáneas, dan lugar a todos esos fenómenos cuyo tipo más conocido es la "obsesión". En una palabra, son todas las energías no individualizadas, y naturalmente hay muchos tipos de ellas. Algunas de estas fuerzas pueden calificarse verdaderamente de "demoníacas" o "satánicas", especialmente las que pone en juego la brujería, y las prácticas espiritistas también pueden atraerlas a menudo, aunque involuntariamente; el médium es un ser a quien su desventurada condición pone en contacto con todo lo que es más indeseable en este mundo, e incluso en los mundos inferiores. En estas "influencias errantes" también debe incluirse todo lo que, proveniente de los muertos, puede dar lugar a manifestaciones perceptibles, pues esos elementos ya no están individualizados. Tal sería el ob, y también, a fortiori, todos aquellos elementos psíquicos que representan "el producto de la desintegración del inconsciente (sería mejor decir "subconsciente") de una persona muerta" (24). Añadiremos que, en el caso de muerte violenta, el ob conserva durante cierto tiempo un grado muy especial de cohesión y de cuasi vitalidad; esto explica un gran número de fenómenos. Hemos dado sólo unos pocos ejemplos, y, por lo demás,

lo repetimos, no hay ninguna necesidad de indicar un origen necesario de esas influencias. Vengan de donde vengan, pueden ser captadas con arreglo a determinadas leyes; pero los científicos corrientes, que no conocen absolutamente nada de estas leyes, no deberían sorprenderse de tener algunas contrariedades y de no poder hacerse obedecer por la "fuerza psíquica", que a veces parece disfrutar desbaratando los más ingeniosos planes de su método experimental. No es que esta fuerza (que por lo demás no es una fuerza) sea más "caprichosa" que otras, pero hay que saber cómo controlarla; desgraciadamente, tiene en su activo fechorías más graves que las jugarretas que hace a los científicos. El mago, que conoce las leyes de las "influencias errantes", puede fijarlas mediante diversos procedimientos, por ejemplo utilizando como soporte ciertos objetos que actúan como "condensadores"; no es necesario decir que entre este tipo de operación y la acción de las "influencias espirituales" de las que antes hemos hablado sólo hay un parecido puramente externo. Inversamente, el mago también puede disolver los "conglomerados" de fuerza sutil, tanto si han sido formados deliberadamente por él mismo o por otros, como si se han constituido espontáneamente; a este respecto, el poder de las puntas ha sido conocido en todas las épocas. Estas dos acciones inversas son análogas a las que se conocen en la alquimia como "coagulación" y "solución" (decimos "análogas" y no "idénticas" porque las fuerzas que ponen en juego la alquimia y la magia no son exactamente del mismo orden). Constituyen la "llamada" y la "despedida" que abren y cierran toda operación de la "magia ceremonial" occidental. Pero ésta es eminentemente simbólica, y si se tomara al pie de la letra la manera en que "personifica" a las fuerzas, se llegaría a los peores absurdos, lo que, de hecho, es lo que hacen los ocultistas. Lo que hay de verdadero tras este simbolismo es sobre todo esto: las fuerzas en cuestión pueden dividirse en varias clases, y la clasificación adoptada dependerá del punto de vista que se tome. La clasificación de la magia occidental distribuye estas fuerzas, con arreglo a sus afinidades, en cuatro "reinos elementales", y no hay que buscar otro origen ni otro significado real a la teoría moderna de los "elementales" (25). Por otra parte, en el intervalo comprendido entre las dos fases inversas que son los dos extremos de su operación, el mago puede prestar a las fuerzas que ha captado una especie de conciencia, reflejo o prolongación de la suya propia, que les da

como una individualidad temporal, y esta individualización ficticia es lo que da a los que llamamos empíricos, y que aplican reglas que no comprenden, la ilusión de estar tratando con seres verdaderos. Si el mago, que sabe lo que se hace, interroga a estas pseudo individualidades que él mismo ha suscitado a expensas de su propia vitalidad, todo lo que puede ver en ello es un medio de sacar a la luz, mediante un proceso artificial, lo que su propio "subconsciente" contiene ya en estado latente; la misma teoría se aplica, mutáis mutándoos, a todos los procesos adivinatorios de cualquier tipo. En esto también reside, cuando la simple exteriorización de las personas vivas no basta del todo, la explicación de las "comunicaciones" espiritistas, pero con la diferencia de que las influencias, al no estar dirigidas en este caso por ninguna voluntad, se expresan del modo más incoherente y desordenado. Hay también otra diferencia, que está en el procedimiento empleado, pues la utilización de un ser humano como "condensador" era, antes del espiritismo, el patrimonio de los hechiceros de la clase más baja. Hay todavía una tercera influencia, pues, como ya hemos dicho, los espiritistas son más ignorantes que el último de los hechiceros, ninguno de los cuales ha llevado la ignorancia hasta el punto de tomar las "influencias errantes" por los "espíritus de los muertos". Antes de dejar este tema queremos añadir todavía que, aparte el modo de acción del que acabamos de hablar y que es el único conocido por los magos ordinarios, al menos en occidente, hay otro completamente diferente. Su principio consiste en condensar las influencias en uno mismo, de modo que se puedan utilizar a voluntad y tener así, a disposición propia, una posibilidad permanente de producir ciertos fenómenos. Los fenómenos de los fakires deben ser referidos a este modo de acción; pero no hay que olvidar que éstos tampoco son más que hombres relativamente ignorantes, y que las personas que conocen más perfectamente las leyes de este orden de cosas son al mismo tiempo las que menos se interesan en su aplicación.

No pretendemos que las indicaciones precedentes constituyan, en la forma muy resumida en que las hemos dado, una explicación absolutamente completa de los fenómenos del espiritismo. No obstante, contienen todo lo necesario para proporcionar esta explicación, cuya posibilidad, al menos, hemos querido mostrar antes de aportar las pruebas verdaderas de la inanidad de las teorías espiritistas. En este capítulo hemos tenido que condensar

observaciones cuyo desarrollo completo exigiría varios volúmenes; hemos insistido en ellas más de lo que nos hubiera convenido hacerlo si las circunstancias actuales no hubieran demostrado la necesidad de oponer ciertas verdades a la marea creciente de las divagaciones "neoespiritualistas". Estas cosas no son, en efecto, de aquellas en las que nos gusta detenernos, y estamos lejos de sentir por el "mundo intermedio", al que pertenecen, la atracción que sienten por él los aficionados a los "fenómenos". Por eso no quisiéramos tener que ir, en este terreno, más allá de consideraciones muy generales y sintéticas, las únicas, por otra parte, cuya exposición no presenta ningún inconveniente. Estamos convencidos de que estas explicaciones, tal como son, ya van mucho más lejos que cualquier otra cosa que se pueda encontrar en otro lugar sobre el mismo tema; pero queremos advertir expresamente que no pueden ser de ninguna utilidad para alguien que quisiera embarcarse en experimentos en este campo o tratara de darse a cualquier tipo de práctica. Estas cosas, lejos de tener que ser favorecidas de algún modo, nunca serán desaconsejadas lo bastante enérgicamente.

NOTAS

1. Conferencia celebrada en la Arrían Theosophical Society de New-York, el 14 de diciembre de 1886, por C. H. A. Bjerregaard: Le Lotus, septiembre de 1888.

2. Traité méthodique de Science occulte, p. 373.

3. Marius Decrespe (Maurice Després), Les Microbes de l’Astral.

4. Ibid., p. 39.

5. Jules Lermina, Magie pratique, pp. 218-220.

6. Traité méthodique de Science occulte, p. 347.

7. Ibid., p. 351.

8. Ibid., pp. 373 y 909-910.

9. L’etat de trouble et l’évolution posthume de l’être humain, pp. 12-13.

10. Ver el opúsculo de Papus titulado Lumière invisible, Médiumnité et Magie. No debe confundirse este od muy moderno con el ob hebreo.

11. También hay predicciones que sólo se cumplen porque han actuado a modo de sugestiones; volveremos sobre ello cuando hablemos especialmente de los peligros del espiritismo.

12. Les Grands Mystères.

13. Así es como Eliphas Lévi escribe esta palabra, que sacó del Libro de Hénoch, y a la que asigna una etimologia latina absurda. La ortografía correcta seria égrégores; el sentido ordinario en griego es "vigilantes", pero es muy difícil saber a qué se aplica exactamente esta palabra en el texto, que puede prestarse a toda clase de interpretaciones fantásticas.

14. Traité méthodique de Science occulte, p. 874.- Sigue un paralelismo entre el médium y el sujeto cuya reproducción aquí es inútil, ya que nuestra intención no consiste en analizar detalladamente los fenómenos.

15. La Clef des Grands Mystères.

16. Traité méthodique de Science occulte, p. 881.

17. Etude expérimentale de quelques phénomènes de force psychique, por Donald Mac Nab, Le Lotus, marzo de 1889, p. 729.

18. Articulo ya citado, Le Lotus, marzo de 1889, p. 732. La última frase está subrayada en el texto.

19. Ibid, p. 742.

20. Génesis, V, 24.

21. Deut. XXXIV, 6.

22. II Reyes, II, 11.

23. No por ello se trata de un "principio vital" en el sentido de ciertas teorías modernas, que apenas están menos deformadas que la del "cuerpo astral"; ignoramos en qué medida el "mediador plástico" de Cudworth puede escapar de la misma crítica.

24. Artículo ya citado de Donald Mac Nab, Le Lotus, marzo de 1889, p. 742.

25. La magia utiliza también clasificaciones basadas en la astrología; pero no vamos ahora a ocuparnos de ello.